



CASSANDRA CLARE
Y WESLEY CHU

El libro perdido

CAZADORES DE SOMBRAS
LAS MALDICIONES ANCESTRALES

DESTINO

LIBRO 2

LA ISLA DEL TIEMPO

EL LIBRO PERDIDO

Cassandra Clare y Wesley Chu

Traducción de Patricia Nunes y Cristina Carro

DESTINO

Clare, Cassandra
El libro perdido / Cassandra Clare ; Wesley Chu. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Destino, 2022.
416 p. ; 21 x 15 cm.

Traducción de: Patricia Nunes ; Carro Cristina.
ISBN 978-950-732-495-6

I. Narrativa Juvenil. I. Chu, Wesley. II. Nunes, Patricia, trad. III. Cristina, Carro, trad. IV. Título.
CDD 813.9283

Título original: *The Eldest Curses. Book 2. The Lost Book of the White*

© 2020, Texto: Cassandra Clare, LLC

Publicado originalmente en Estados Unidos por Margaret K. McElderry Books, un sello editorial de Simon & Schuster Children's Publishing Division
Publicado mediante acuerdo con Baror International, INC, Armonk, Nueva York, Estados Unidos

© 2021, Traducción: Patricia Nunes y Cristina Carro

© 2021, Editorial Planeta, S.A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

Derechos reservados de esta edición

© 2022, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Destino®
Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

1ª edición: abril de 2022
3.000 ejemplares

ISBN 978-950-732-495-6

Impreso en Gráfica TXT S.A.,
Pavón 3421, Ciudad Autónoma de Buenos Aires,
en el mes de marzo de 2022

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723
Impreso en la Argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

LA ESPINA DEL SUEÑO

Septiembre de 2010

Era tarde, y hasta el momento había reinado la calma. Magnus Bane, Brujo Supremo de Brooklyn, estaba sentado en su sala, en su silla favorita, con un libro abierto boca abajo sobre el regazo, cuando vio que el pasador de la ventana del último piso empezaba a moverse. Durante la última semana, alguien había estado intentando poner a prueba las salvaguardas mágicas que protegían su departamento. Parecía que ese alguien había decidido pasar a la acción.

Magnus pensó que era una decisión estúpida por su parte, ya que los brujos solían acostarse tarde. Además, él vivía con un cazador de sombras, y aunque en ese momento estaba patrullando las calles, Magnus era perfectamente capaz de defenderse solo, incluso en pijama. Se apretó el cinturón de la bata de seda negra y agitó los dedos ante él, sintiendo cómo la magia se acumulaba en ellos.

Pensó que, años atrás, probablemente hubiera mostrado más serenidad en una situación como esa, dejando que todo siguiera su curso natural y confiando en sus instintos para sortear el peligro. Sin embargo, en ese momento, su hijo dormía apacible al otro lado del pasillo, así que apuntó decididamente a la ventana con sus dedos.

Con un año recién cumplido, Max ya dormía casi toda la noche de largo. Esto era un alivio, pero también un inconveniente, porque sus padres aprovechaban las horas nocturnas y él, por su parte, tenía un horario militar: se despertaba todas las mañanas a las cinco y media con un chillido alegre que Magnus adoraba y temía a partes iguales.

La ventana se deslizó hacia arriba. En ese mismo instante, las palmas de Magnus emitieron un resplandor azul zafiro en la oscuridad.

Un tipo asomó el torso por la ventana entreabierta, vestía el traje de cazar demonios y de su hombro colgaba un arco. Al ver a Magnus se quedó paralizado. Parecía sorprendido.

—Eh, hola —saludó Alec Lightwood—. Ya estoy en casa. Por favor, no me dispares con tus rayos mágicos.

Magnus sacudió ambas manos y la luz azul se fue desvaneciendo hasta apagarse, dejando poco más que un rastro de humo alrededor de sus dedos.

—Normalmente usas la puerta.

—A veces me gusta variar el recorrido. —Alec metió el resto del cuerpo por la abertura y cerró la ventana. Magnus lo miró fijamente—. Está bien... Un demonio se comió mis llaves.

—La de llaves que hemos perdido... —Magnus se levantó para abrazar a su novio.

—Espera, no. Huelo mal.

—No hay nada de malo —dijo Magnus, mientras acercaba la cabeza al cuello de Alec— en un poco de sudor tras una dura noche de trabajo... ¡Uy, sí! ¿A qué hueles?

—Esto —contestó Alec— es el almizcle del demonio de humo de los túneles del metro.

—Ay, mi amor —suspiró Magnus, besándole el cuello a pesar del olor, y respirando por la boca.

—Espera, está casi todo en el traje —dijo Alec. Magnus se apartó un poco y el chico empezó a quitárselo todo: el arco, el carcaj, la es-

tela, algunos cuchillos serafín, la chamarra de piel, las botas y la camisa.

—Deja que te ayude yo con el resto —murmuró Magnus mientras Alec terminaba de desabrocharse la camisa. Alec lo miró sonriente con esos ojos azules deslumbrantes, y Magnus experimentó una oleada de pasión por todo el cuerpo. Después de tres años, seguía sintiendo un profundo amor por Alec. Un amor que crecía cada día más.

Alec arrugó el ceño y dirigió la mirada hacia el pasillo.

—Está dormido —dijo Magnus, y besó a Alec en la boca—. Lleva horas dormido. —Empujó ligeramente a Alec hacia el sofá, y con un rápido chasquido de dedos, las velas de la mesa se encendieron y la luz de las lámparas se atenuó.

—Tenemos una cama estupenda, lo sabes —sugirió Alec entre risas.

—La cama está más cerca del dormitorio del niño. Aquí estaremos más tranquilos —murmuró Magnus—. Además, tendríamos que echar a *Presidente Miau* de la cama.

—Uf —repuso Alec, mientras se inclinaba para besarle el cuello a su novio. Magnusladeó la cabeza y dejó escapar un gemido de placer—. Odia que hagamos eso.

—Un momento —interrumpió Magnus. Se puso en pie y con una floritura se quitó la bata, que cayó como un remolino de seda negra alrededor de sus pies. Debajo, llevaba una pijama azul marino con pequeñas anclas blancas. Alec entrecerró los ojos.

—Bueno, no sabía que esto iba a pasar, obviamente —explicó Magnus—, de lo contrario me habría puesto algo más *sexy* que mi pijama marinera de felpa.

—Es muy *sexy* —opinó Alec.

De repente, escucharon un grito que los dejó paralizados. Alec exhaló aire lentamente y cerró los ojos, Magnus sabía que estaba contando mentalmente hasta diez.

—Voy yo —dijo Alec.

—No, deja, ya voy yo —se ofreció Magnus—, tú acabas de llegar.

—No, en serio, voy yo. Tengo ganas de verlo. —Todavía sin camisa, Alec salió al pasillo hacia la habitación de Max. Miró por encima del hombro a Magnus y meneando la cabeza, añadió sonriente—: No falla, ¿eh?

—Los niños tienen un sexto sentido —coincidió Magnus—. ¿Lo dejamos para otra ocasión?

—Tú espérame aquí.

Magnus abrió un pequeño portal entre la sala y la habitación de Max para ver a Alec arrullando al bebé entre sus brazos. Alec miró hacia el portal.

—Claro, mucho más fácil que atravesar el pasillo.

—Me dijeron que esperara aquí.

Alec señaló al portal y miró a Max.

—¿Es ese *bapak*? ¿Ves a *bapak*?

A Magnus le gustaba la idea de que Max se refiriera a él como *bapak*, porque le recordaba a su niñez. Sin embargo, al mismo tiempo, sentía una punzada cada vez que lo oía, ya que así era como llamaba él a su padre, el humano.

Max se calmó rápido; últimamente era mucho más probable que un grito se debiera a una pesadilla que a cualquier otra cosa que requiriese más atención. Parpadeó somnoliento mirando a Magnus, que le sonrió y lanzó pequeñas chispas brillantes con los dedos. Max esbozó una sonrisa lenta mientras los ojos se le cerraban inevitablemente. La piel de Max era de un azul intenso; esa era su marca de brujo, junto con unos adorables bultitos que Magnus sospechaba que acabarían convirtiéndose en cuernos. Alec dejó al bebé en la cuna mientras Magnus observaba maravillado la tierna escena. No podía pedir más, tenía todo lo que quería. Maravillándose de la extraña felicidad que teñía su vida, mientras un hombre guapo, extremadamente en forma, sin camisa y con unos ojos azules increíbles cuidaba al niño que tenían juntos. Maldijo su sentimentalismo y trató de pensar en cosas más sexuales.

Alec lo miró y, a pesar de la poca luz, Magnus se percató enseguida de lo cansado que parecía.

—Voy a darme un baño —dijo Alec—. Luego vuelvo por ti.

—Entonces, probablemente nos demos otra —repuso Magnus—. Date prisa. —Cerró el portal y volvió a su libro, un estudio de las reliquias mitológicas escandinavas y de sus poseedores y ubicaciones a lo largo de la historia. Decidió retomar los pensamientos sexuales cuando Alec volviera.

Dos minutos después de que Alec se metiera en el baño, que probablemente se extendería veinte minutos más, Max soltó un repentino llanto mientras dormía. Magnus se puso inmediatamente en alerta, pero segundos después volvió el silencio y reanudó su lectura.

Sin embargo, pocos minutos más tarde, oyó pisadas en el pasillo. Magnus volteó rápidamente. No estaba loco; alguien había estado comprobando sus salvaguardas mágicas y planeando entrar.

Cuando vio quién aparecía por la puerta, le dio un vuelco el corazón. Daba igual a qué hubiera ido, estaba claro que esa noche nadie iba a pasar una velada romántica.

—Shinyun Jung —dijo, fingiendo un tono indiferente—. ¿Has venido a intentar matarme otra vez?

La marca de bruja de Shinyun Jung era una cara completamente inmóvil, su expresión permanecía inalterable sintiera lo que sintiese. La última vez que Magnus vio a Shinyun, la habían atado a una columna de mármol, después de que su plan para llevar al poder al Príncipe del Infierno Asmodeus se arruinara. Magnus sentía cierta compasión por ella, ya que él también conocía muy bien la sensación de rabia y dolor que la impulsaban a cometer sus actos. Por eso mismo, no se enfadó con ella cuando «de alguna manera escapó» de la custodia de Alec, librándose así del castigo de la Clave.

En ese momento estaba frente a Magnus, impassible como siempre.

—Me costó mucho sortear tus salvaguardas. He de decir que son impresionantes.

—No lo suficiente —matizó Magnus.

Shinyun se encogió de hombros.

—Necesitaba hablar contigo.

—Tenemos un teléfono —dijo Magnus—. Podías haber llamado. Me agarras en mal momento, la verdad.

—Tengo noticias muy muy buenas —aseguró Shinyun, palabras que tomaron por sorpresa a Magnus—. Además, necesito el *Libro de lo blanco*. Tienes que dármelo.

Eso último le sorprendió menos.

Magnus consideró la posibilidad de explicarle por qué, a pesar de desearle todo lo mejor, sentía ciertos recelos a la hora de entregarle uno de los libros de hechizos más poderosos que existía, ya que conocía muy bien su trayectoria. Sin embargo, optó por no hacerlo.

—Ya no lo tengo. Se lo entregué al Laberinto Espiral. Pero ¿cuáles son las buenas noticias?

Antes de que Shinyun pudiera contestar, una segunda persona entró en la sala.

Magnus emitió un grito sofocado.

—¡Ragnor!

Ragnor, que había desaparecido hacía trece años. Que le había asegurado que se pondría pronto en contacto con él. Magnus esperó, y luego emprendió una búsqueda activa, pero al final se rindió, pensando que lo habían capturado, que su treta había fallado, que había muerto de verdad. Ragnor, a quien tanto había llorado y de quien se había despedido para siempre.

Ragnor, que llevaba a Max en el regazo.

Magnus se quedó sin palabras. En circunstancias normales, habría ido a darle su séptimo abrazo. Pero esas no eran circunstancias normales. Shinyun estaba allí, y había algo muy extraño en la mirada de Ragnor. También en la forma en la que sostenía a Max, lo agarraba con indiferencia, como si fuera un saco de harina. A Max no parecía importarle, seguía medio dormido y parpadeaba lentamente.

—Bueno —dijo Ragnor con un tono más cortante de lo que Magnus había esperado—, veo que sucedió. Siempre supe que acabarías teniendo uno de estos, Magnus. Pero ¿te parece una buena idea?

—Se llama Max —puntualizó Magnus—. Alguien tenía que acogerlo, así que lo hicimos nosotros. Es nuestro. Por cierto, ¿me dices cómo entraste?

Ragnor se echó a reír, un sonido familiar que, sin embargo, resultó inquietante por su carácter inesperado.

—Magnus Bane. Poderoso y compasivo. Siempre del lado de los indefensos y los necesitados. Qué refugio te montaste aquí, entre el cazador de sombras y este pequeño arándano azul.

Magnus no estaba seguro de que, dada la actitud de Ragnor, este tuviera derecho a llamar arándano a Max.

—No es así —contestó. Miró a Shinyun, que observaba el desarrollo de la conversación con silencioso interés—. Somos una familia.

—Claro que sí —repuso Ragnor con ojos brillantes.

—Bueno —dijo Magnus—, ¿sigues muerto de mentira? ¿O esta es tu vuelta oficial a la vida? ¿Y de qué conoces a Shinyun? Por cierto, creo que deberías darme al bebé.

—Ragnor y yo estamos colaborando juntos en un proyecto —reveló Shinyun.

Alec seguía en el baño. Magnus consideró la posibilidad de hacer un fuerte ruido repentino, aunque antes quería recuperar a Max de los brazos de Ragnor. Decidió aguardar.

—Espero que no te moleste —empezó— que te pregunte por la naturaleza de ese proyecto. La última vez que te vi, Shinyun, mi novio te liberó de un encarcelamiento seguro, con la esperanza de que aprendieras una importante lección sobre cómo tratar con Demonios Mayores, Príncipes del Infierno y demás. Precisamente, esperábamos que aprendieras a no tratar con ellos en el futuro. —La categoría de Demonios Mayores era amplia; incluía muchos tipos de demonios inteligentes. Los Príncipes del Infierno eran, con diferencia, los

más poderosos; todos eran antiguos ángeles que habían caído en desgracia por luchar en el bando de Lucifer durante la rebelión.

—Por supuesto —replicó Shinyun altiva—. Ya no sirvo a un Demonio Mayor.

Magnus dejó escapar un suspiro de alivio.

—¡Ahora sirvo al Mayor Demonio de todos!

Hubo una pausa.

—¿Al capitalismo? —se arriesgó Magnus—. Tú y Ragnor montaron una pequeña empresa y buscan inversores.

—Sirvo al más grande de los Nueve —alardeó Shinyun en un tono triunfante que Magnus conocía bien—. ¡El Hacedor del Camino! ¡El Devorador de Mundos! ¡El Segador de Almas!

—¿La Maravilla de Allá Abajo? —sugirió Magnus—. ¿Y, tú, Ragnor, viejo amigo, qué opinas de los devoradores de mundos?

—Estoy a favor de ellos —contestó Ragnor.

—Sí, debería habértelo dicho antes —intervino Shinyun—. Ragnor está totalmente sometido por mi maestro. Y este le concedió el don de la Svefnthorn. —Shinyun sacó una especie de vara de hierro, larga y fea, con púas a lo largo de la hoja y rematada en una afilada punta que se retorció como un sacacorchos. Parecía un atizador de chimenea muy gótico.

Magnus perdió la calma.

—Dame al niño, Ragnor —dijo. Se levantó y se dirigió hacia su amigo.

—Es muy fácil, Magnus —explicó Ragnor, alejando a Max del alcance de Magnus—. Sammael, soberano de los Demonios Mayores, el más grande de los Príncipes del Infierno, terminará el trabajo que empezó hace miles de años, brevemente interrumpido por la molestia de los cazadores de sombras, y acabará gobernando este reino, como ha hecho con otros. La inevitabilidad de su victoria —continuó con tono casual—, ¿cómo decirlo?, ¿ha torcido mi voluntad con su fuerza casi infinita? Sí, creo que eso lo describe bastante bien.

—O sea que lo de fingir tu propia muerte no sirvió absolutamente para nada —dijo Magnus.

—Shinyun me encontró —admitió Ragnor—. Estaba muy motivada.

Magnus estaba a punto de alcanzar a Ragnor cuando Shinyun, con una rapidez asombrosa, lo interceptó, amenazándolo con la punta de la Svefnthorn. Magnus se detuvo de repente y levantó las manos imitando la clásica pose de rendición. Su corazón latía con fuerza. Era difícil concentrarse mientras Ragnor sostenía a Max.

—No lo entiendes —dijo Shinyun—. No vamos a robarte el *Libro de lo blanco*. Vamos a darte algo a cambio. Algo aun más valioso.

Y con un rápido movimiento clavó la Svefnthorn en el pecho de Magnus.

El arma se hundió sin resistencia alguna de huesos o músculos. Magnus no sintió dolor, o deseo de moverse, ni siquiera cuando la punta le alcanzó el corazón. Solo sintió una especie de terrible laxitud. Podía sentir cómo le latía el corazón alrededor de la espina. No quería mirar hacia abajo.

Una parte de él no podía creer que Ragnor estuviera allí, presenciando impávido esa situación.

Shinyun se acercó y besó a Magnus en la mejilla. Giró la espina, como la rueda de una caja fuerte, y luego la retiró. Salió tan indolora como había entrado, dejando una estela de frías llamas rojas que emergían de su pecho. Magnus tocó las llamas, que le rozaron los dedos sin causarle ningún daño. La herida no le dolía.

La laxitud empezaba a desaparecer.

—¿Qué hiciste? —preguntó Magnus.

—Ya te lo dije —contestó Shinyun—, darte un magnífico don. Bueno, la primera parte de él. Y a cambio... nos llevamos el *Libro de lo blanco*.

—Ya te dije que... —empezó Magnus.

—Sí, pero sabía que estabas mintiendo —repuso Shinyun—, porque ya tengo el libro. Lo tomé del dormitorio de tu hijo antes de

presentarme ante ti. Como haría cualquiera. Cualquiera que no sea estúpido.

—No te lo tomes como algo personal, Magnus —dijo Ragnor con simpatía—. La voluntad de Sammael está ligada al *Libro de lo blanco*, y sus sirvientes sentimos un impulso constante hacia él.

Magnus no sabía eso, de haberlo sabido, probablemente habría guardado el *Libro de lo blanco* en un lugar más seguro que entre el montón de libros de dibujos de su hijo.

—Podría hacer cosas para evitar que se lleven el libro —dijo, y vio a Ragnor entrecerrar los ojos—. Además, Alec está aquí. Pero estoy en desventaja. Ragnor, dame a Max y los dejaré ir con el libro.

—Podríamos llevárnoslo igual —replicó Shinyun, pero Ragnor, que nunca había sido muy dado a los enfrentamientos físicos, negó con la cabeza.

—Nada de cosas raras —le advirtió a Magnus.

—Por supuesto que no —respondió este.

Ragnor se acercó y le entregó el bebé a Magnus, que lo acurrucó cuidadosamente en el brazo izquierdo. Luego, con un movimiento rápido, clavó con violencia los cinco dedos de la mano derecha en el pecho de Ragnor, a la altura del corazón. A través del flujo de magia entre el cuerpo de Ragnor y su propia mano, sintió instantáneamente la presencia del control de Sammael: un vacío, un lugar donde la luz de la esencia vital de Ragnor decrecía entre tanta oscuridad. Tratando de no molestar a Max, hizo un esfuerzo por sacar aquello de Ragnor.

—¡Esto son cosas raras, Magnus! —gritó Shinyun, apuntando a Ragnor con la Svefnthorn y manejándola con movimientos sutiles.

Ragnor emitía un profundo ruido gutural desde el pecho mientras luchaba contra Magnus. Luego se tensó y, con una fuerza repentina, se deshizo del brujo. Magnus salió despedido hacia atrás, perdió el equilibrio y consiguió caer en el sofá que estaba tras él, sujetando aún a Max. Dentro de lo malo, el aterrizaje fue suave, pero el impacto fue lo suficientemente sorpresivo para que Max se despertara e, inmediatamente, rompiera a llorar.

Todos permanecieron inmóviles en su sitio.

—No te sientas mal, Magnus —le dijo Ragnor con suavidad—. El poder que me otorga la lealtad a Sammael es más grande de lo que tú o cualquier otro brujo pueden manejar.

—Ragnor —siseó Shinyun—. ¡Cállate! El bebé...

De repente, lanzó un grito y cayó al suelo con el asta de una flecha sobresaliéndole de la pantorrilla. El sobresalto hizo que Max se callara de nuevo.

—¡No se muevan! —gritó Alec desde el fondo del pasillo. Ragnor volteó hacia él con una expresión de curiosidad en el rostro.

Magnus debía intervenir, lo sabía, pero estaba tirado en el sofá con su bebé encima. Con cierto esfuerzo, empezó a realizar los elaborados movimientos necesarios para levantarse sin dejar caer a Max. Consideró, y no por primera vez, teletransportar al niño, pero descartó la idea porque no le parecía del todo seguro. No tenía tiempo para abrir un portal. Quizá si mandara a Max flotando hacia el techo...

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por el sonido y el brillo delatores de Shinyun abriendo su propio portal. Magnus había asumido, erróneamente, que ella estaba fuera de combate, y cuando se quiso dar cuenta, Ragnor ya estaba a punto de llegar al portal. No había forma de que pudiera alcanzarlo.

En ese momento, apareció Alec con el pelo alborotado y aún mojado del baño. Magnus lo miró ensimismado, ajeno a la presencia de los demás. Solo lo cubría una toalla blanca enrollada a la cintura, un cordón de piel alrededor del cuello con el anillo Lightwood y una enorme runa de puntería en el pecho. Sujetaba un arco de roble pulido, que normalmente colgaba de la pared del dormitorio como objeto decorativo. Parecía sacado de un cuadro renacentista.

Magnus conocía muy bien las inseguridades de Alec. A veces sentía que era muy poca cosa para Magnus, demasiado normal en comparación a las maravillas que el brujo había visto en sus cientos de años. Lo que Alec no sabía era lo que suponía para Magnus contemplar tan de cerca a un cazador de sombras en todo su esplendor.

Era alucinante.

Volviendo a la situación anterior, Magnus se percató de que Shinyun ya había atravesado el portal y de que Ragnor estaba a punto de hacerlo. Magnus, mientras tanto, se incorporó con el bebé aún entre los brazos. Necesitaba las manos libres para hacer magia, pero no quería soltar a su hijo.

Una flecha atravesó la estancia. No alcanzó a Ragnor por muy poco, pero se llevó un jirón de la parte trasera de su capa justo cuando el portal se cerraba alrededor de él.

Luego, se produjo un súbito silencio. Alec volteó hacia Magnus, que sujetaba y mecía a Max. El niño se había quedado callado.

—¿Ese era Ragnor Fell? —preguntó Alec, asombrado—. ¿Con Shinyun Jung? —Alec no conocía a Ragnor en persona, pero entre las pertenencias de Magnus había un montón de fotos, dibujos e incluso una gran pintura al óleo del brujo.

—Exacto —contestó Magnus.

Alec cruzó la habitación y se agachó para recoger la flecha y el trozo de tela clavado en el suelo. Cuando levantó la mirada hacia Magnus, su expresión era sombría.

—Pero Ragnor Fell está muerto.

—No —dijo Magnus, sacudiendo la cabeza—. Ragnor está vivo.